

## XXIX.

A la mezquina política de Motecuhzoma, respondia Cortés con otra cuya habilidad justificaron los resultados.

Hallábase el capitán ibero en Cempoala conferenciando con los señores de esa ciudad y de los de Quiahuiztla sobre la independencia de aquellos pueblos, cuando, rodeados de un gran séquito se presentaron cinco nobles mexicanos á exigirles el tributo, amenazándoles con la ira del monarca por haber admitido á los extranjeros, y pidiéndoles víctimas humanas en expiación de su delito.

Azorados los de la ciudad, acudieron á Cortés por medio de Doña Marina: Cortés les aconsejó que se apoderaran de los mexica y les pusieran presos: los cempoaltecas se resistieron al principio á seguir el consejo de miedo del atentado; pero al fin cedieron, y encerraron en jaulas á los cinco personajes. Orgullosos de haber consumado el hecho, los cempoaltecas quisieron sacrificar á los prisioneros. Cortés los disuadió. Y cuando fué de noche, dió orden á sus soldados de que sacaran de sus jaulas á tres de los nobles, les hizo conducir á su presencia, sin que lo supieran los cempoalte-

cas; allí les manifestó que á él debían la vida y la libertad, y que le dijese á Motecuhzoma que le había afligido mucho el atentado de los cempoaltecas. Los nobles se manifestaron muy agradecidos, y aconsejaron á Cortés que se cuidara de sus aliados. Al día siguiente, Cortés se finjió enojado contra sus soldados por haber dejado escapar á los presos; y, so pretexto de que no sucediese lo mismo con los demás, los mandó sacar de las jaulas y conducirlos á sus buques, maniatados; pero también, cuando llegó la noche, los puso en libertad.

De este modo, el jefe español, con esa conducta doble que debe ser reprobada por la moral, pero que aceptaba su política, Cortés contentaba á sus aliados, y adormecía los recelos del emperador á quien trataba de destronar.

Motecuhzoma, bien sea engañado por esas acciones de Cortés, bien sea obcecado en querer seducirlo y dominarlo con donaciones y con buenas palabras, envió una nueva embajada á aquel soldado. Fueron intérpretes de los deseos del soberano dos príncipes sobrinos suyos, quienes con la expresión de gracias del tecuhtli por la libertad de los embajadores, llevaron á Cortés un nuevo y régio presente.

A él añadieron la queja que tenía el emperador por la alianza con los totonacas: Cortés les dijo que esa unión fué hija de la necesidad de que sus tropas tuvieran con que vivir; y que en cuanto al tributo que los mexica les exigían, no debían pagarlo, porque no podían servir á dos señores.

Hé ahí ya al audaz aventurero imponiendo la ley al amo del imperio.

Y mientras que éste se contentaba con oponer embajadores y regalos á la invasión que se efectuaba, Cortés continuaba sus trabajos de zapa contra la monarquía; y para obligar á sus soldados á consumir su obra ó á perecer en la demanda, destruía sus naves, es decir, el único medio de salvación que le quedaba llegado el instante de una catástrofe.

Asegurada la alianza de los totonacas, buscó la de Tlaxca-

llan. La república opuso resistencia á las huestes invasoras, pero al fin estas triunfaron, y la coalicion se llevó á efecto.

El ruido de las victorias de Cortés, aumentó los temores de Motecuhzoma; reunió su consejo, se discutió de nuevo si se permitiría á los españoles llegar á la capital; y contra el parecer del rey de Texcoco, se siguió el de Cuiclahuatzin, esto es, el de que no se consintiera que Cortés y los suyos llegaran á Tenochtitlan.

Una nueva embajada, con un nuevo presente, y con plácemes por sus victorias, llevó esa decision al general español.

Antes de que los invasores entrasen en Tlaxcallan, recogieron un nuevo fruto de sus victorias. Los huexotzincas fueron á buscar su alianza; é Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, solicitó su amistad, que le fué concedida. Ixtlilxochitl ofreció tambien á Cortés su ejército y todos sus recursos para hacer la guerra al emperador. Cortés lo aceptó todo, ofreciendo á Ixtlilxochitl el trono de Acolhuacan. Ixtlilxochitl ignoraba que los traidores tienen mala suerte.

Ante estas noticias, Motecuhzoma tembló de nuevo, y envió al conquistador una nueva embajada, un nuevo regalo, y una nueva súplica para que no llegara á la capital.

Los cortos días que Cortés permaneció en Tlaxcallan, los empleó en informarse sobre los recursos guerreros de los mexica; y despues continuó su marcha por Cholollan, á pesar del consejo en contrario que le daban los tlaxcaltecas. Llegó á aquella ciudad y fué bien alojado con los suyos, y provisto de víveres con abundancia.

Pero los chololtecas, que entonces habian roto con los tlaxcaltecas y aliándose con los mexica, proyectaron el exterminio de los conquistadores. Descubierta la trama á doña Marina por una señora chololteca, que era su amiga y que quiso salvarla, fué revelada por aquella al capitan español, y Cholollan fué cruelmente tratada: sus habitantes fueron pasados á cuchillo por los españoles y sus aliados los tlaxcaltecas, sus templos incendiados, sus edificios destruidos.

Los que se salvaron de la catástrofe se sometieron al conquistador, y tambien los tepeyacacas prestaron pleito homenaje al rey de España.

Cortés, altivo con sus triunfos, significó á los embajadores mexicanos, que pues lo ocurrido en Cholollan era por sujeciones suyas, entraria en México como enemigo.

Los embajadores mexicanos le dijeron que investigara lo que habia pasado, y que veria que su señor no era culpable.

Y uno de ellos se ofreció á ir á la corte á llevarle las quejas de Cortés.

Seis dias despues volvió el embajador con un nuevo regalo, y con las disculpas de Motecuhzoma para Cortés.

Y en estos momentos, Cuauhpopoca, señor de Nauhtlan, quiso cumplir la órden reservada que, á pesar de la tradicion, le habia dado Motecuhzoma, de castigar á los de Totonacapan por haberse aliado con los españoles. Los de Totonacapan se quejaron á Juan de Escalante, gobernador de Veracruz, quien envió una embajada á Cuauhpopoca; pero viendo que era inútil esa actitud pacífica, marchó en auxilio de los totonacas con dos caballos, dos cañones y cincuenta infantes españoles, quienes unidos con sus aliados derrotaron á Cuauhpopoca. El combate costó la vida al gobernador Escalante y á seis ó siete soldados. La cabeza de uno de estos fué llevada á Motecuhzoma, quien al verla se horrorizó de una manera invencible.

Mas tarde veremos cómo pagó Motecuhzoma al que bien quiso servirle.

## XXX.

Cortés continuó su marcha.

En su camino se le sometieron Ixcálpán, Amaquemecan, Tlalmanalco y Axotzinco.

Allí recibió Cortés la visita del rey de Texcoco, quien fué á felicitarle en nombre de Motecuhzoma, y á disuadirle de que siguiera su marcha á la capital.

Cortés insistió en su propósito, y Cacamatzin se retiró.

Cuitlahuac fué ocupada por los invasores; y allí se presentaron á Cortés ya reconciliados y aliados suyos, Ixtlilxochitl y Coanacotzin, hermanos de Cacamatzin.

Unido á los dos príncipes y acompañado de mucha nobleza acollhua, entró Cortés en Texcoco, en donde fué alojado en el mejor palacio del rey.

De Texcoco marchó para Ixtapalapan, en donde fué recibido y alojado por Cuitlahuatzin, hermano de Motecuhzoma, y por Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan.

Al día siguiente continuaron los españoles su marcha, pasaron por Mexicaltzinco, vieron las ciudades de Huitzilopochco, Colhuacan, Coyohuacan y Mixcoac, y llegaron á un punto llamado Xoloc.

Allí hicieron alto; allí recibió Cortés el parabien de mil nobles mexicanos que desfilaron en su presencia; y despues de esa ceremonia siguió su camino, que interrumpió cuando supo que salia á recibirle el emperador.

## XXXI.

Era el 8 de Noviembre de 1519.

Pero antes de describir la entrada de Cortés en la ciudad imperial, digamos cuál era el estado del ánimo de Motecuhzoma, y la causa de la última embajada que le envió con su aliado el de Acolhuacan.

La catástrofe de Cholollan dió el último golpe á la serenidad del tecuhtli.

Doblegado bajo la impresion que le causó aquella carnicería, retiróse al *Tliltlancalmecatl*, palacio destinado para las épocas de duelo; y ayunó ocho dias en medio de rudas austeridades, invocando la proteccion de sus dioses. Creyendo tal vez que ya se la habian concedido, envió, sin abandonar el palacio en que se habia retirado, á cuatro nobles de su séquito con un nuevo regalo para Cortés, y con nuevas súplicas para que no llegase á la capital, prometiendo ademas pagar tributo al rey de España, y dar al capitán español cuatro cargas de oro, y una á cada uno de sus soldados.

Cortés recibió el obsequio en Inthualco, pero insistió en ir á México.

Mientras tanto, los sacerdotes aztecas consternaban mas

el ánimo del emperador con sus oráculos; y fué tal el estado de miedo en que le hicieron caer, que antes de saber el éxito de la última embajada, reunió de nuevo á su consejo, llamando para que asistiesen á él, á su hermano Cuitlahuatzin y al rey de Texcoco Cacamatzin.

Cuitlahuatzin persistió en su idea de no dejar entrar á los extranjeros, y de hacerlos salir á fuerza del país.

Cacamatzin opinó por que se les recibiera como embajadores, y por que en caso de que proyectasen algo contra el soberano, se les reprimiera con todos los recursos del imperio.

Motecuhzoma siguió en esta vez la opinion del de Texcoco, á quien rogó llevase la embajada que ya hemos referido.

A la reconvenccion que Cuitlahuatzin le hizo por haber cedido á la opinion de Cacamatzin, Motecuhzoma le respondió que no podia hacer otra cosa, puesto que no solo sus amigos, sino hasta sus dioses, le abandonaban y protegian á sus enemigos.

Era, decimos, el 8 de Noviembre de 1519.

Concluido el desfile de la nobleza tenochca, siguió Cortés su camino, y ya cerca de la ciudad le dieron aviso de que el soberano salia á recibirle.

Pocos momentos despues se dejó ver la comitiva.

Rompian la marcha tres nobles que levantaban tres varas de oro, señal de la presencia del monarca.

Seguia éste, ricamente vestido, en una litera cubierta con planchas de oro, conducido en hombros de cuatro magnates, y haciale sombra un parasol de plumas verdes salpicado con alhajas de oro.

Un manto régicamente adornado con magníficas joyas, caia de sus hombros; una corona de oro ceñiale la cabeza; y su calzado se componia de suelas de oro, cuyas ataduras estaban guarnecidas de preciosas piedras.

Cerraban aquel séquito doscientos nobles, suntuosamente vestidos, pero todos descalzos, y abiertos en dos filas en señal de respeto al soberano.

Una vez que él y Cortés se hallaron frente á frente, Cortés echó pié á tierra, y Motecuhzoma bajó de su litera y se adelantó á Cortés, apoyado en los brazos de Cacamatzin y de Cuitlahuatzin.

Cortés se inclinó profundamente, y en seguida se acercó al rey y le puso al cuello un collar de cuentas de vidrio; quiso abrazarle, pero los nobles que acompañaban al tecuhtli no se lo permitieron.

¡Era una profanacion tocar á ese pobre rey!

Cortés le aseguró brevemente su veneracion, su respeto, y el placer que tenia en conocer á un monarca tan poderoso.

Motecuhzoma le respondió pocas palabras, y le obsequió con un collar de nácar adornado con cangrejos de oro; encargó á Cuitlahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Acolhuacan.

## XXXII.

Nos hemos fatigado al enarrar tanta humillacion.

No; no era preciso enviar regalos, y súplicas, ni salir al encuentro del conquistador.

Lo que se necesitaba era el alma de Cuitlahuatzin, el espíritu de Cuauhtemotzin; un rey héroe y no un rey miseria; un hombre esforzado, que desde el principio hubiera salido en son de guerra á arrojar del país á los invasores; no un ánimo apocado, que, valiéndose del supersticioso respeto que el pueblo tenia al sacerdote-rey, entregó la independencia de la patria en manos de un puñado de gente, que con solo el número pudo ser destruido.

## XXXIII.

Una inmensa y maravillada multitud, presenció la entrada de los españoles en Tenochtilan; y si á los mexica causaron asombro el porte, los caballos, las armas de los españoles, éstos tambien se admiraron de la grandeza de la ciudad que los recibia.

Moteczuzoma los esperaba en el palacio de Axayacatl, que les habia destinado para alojamiento; y despues de haber introducido á Cortés á una gran sala, y de haberle invitado á que descansara en un reclinatorio, se retiró prometiendo volver en breve.

Cortes, para impresionar el corazon de los mexica, mandó hacer una salva de artillería; y en seguida recorrió el extenso palacio en cuyas amplias habitaciones distribuyó su tropa.

Y para que el dia acabara como habia comenzado, con la completa humillacion de Moteczuzoma y de la patria de Tenoch, fué servida á Cortés y á sus capitanes una magnífica comida, en que hicieron de domésticos los miembros de la nobleza del imperio.

## XXXIV.

En el mismo dia visitó Moteczuzoma al caudillo español.

La historia nos ha conservado el discurso que le dirigió en esta primera entrevista; y ese discurso es la mayor prueba de su supersticion y de su amilanamiento.

Llamóle valiente *general*; manifestóle la satisfaccion que tenia en haberle recibido; confesóle que lo tuvo por un dios; pero que ya estaba convencido de que él y los suyos eran hombres, de que sus caballos eran ciervos grandes domesticados, de que sus armas de fuego eran unas cervatanas que arrojaban las bolas con mas estrépito que las de los mexica, de que Cortés y los demas españoles eran buenos y generosos; díjole que aunque le hubieran dicho que él, Moteczuzoma, era un dios, la verdad era que estaba formado de carne y hueso como los demas hombres; y despues de hacer todas esas confesiones que ponen en relieve su miseria y su cobardia, ofreció obediencia al monarca español, disculpándose con que por la tradicion creia llegado el tiempo de la venida á México de ciertos hombres de Oriente, que se habian de enseñorear de estos países.

Cortés le respondió engañándole: díjole que aunque el monarca español como descendiente de Quetzalcoatl podía querer mucho más, se conformaba con la amistad de Motecuhzoma y de sus sucesores, y que el objeto de su embajada era darle consejos y enseñarle la verdadera religión.

Cortés pagó la visita á Motecuhzoma, y en esta y en otras que le hizo le habló de la religión cristiana, hasta el grado de que impaciente el rey azteca, le dijo:

—Si yo hubiera sabido que habíais de hablar con tal desprecio de nuestros númenes, jamás habría cedido á vuestras instancias.

Sin embargo, Cortés prosiguió sus ideas; y á pesar del enojo del monarca, obtuvo su beneplácito para edificar en su alojamiento una capilla cristiana; y acabó, después de la prisión de Motecuhzoma, por destruir el ídolo del templo de Huitzilopochtli, colocando en el santuario una imagen de la Virgen.

## XXXV.

El conquistador comprendía bien lo difícil de su situación. Conocía que si Motecuhzoma llegaba á cambiar de ideas, él y los suyos podían ser sacrificados.

Para conjurar el peligro, no imaginó mejor medio que el de tener bajo su mano al emperador; pero la empresa era difícil, y necesitaba un grave pretexto para consumarla.

Halló ese pretexto en los sucesos de Totonacapan.

En la noche que meditó su proyecto, no pudo dormir y la pasó lleno de agitación y recorriendo sus cuarteles. En esa noche fué cuando por aviso de un centinela descubrió, en un aposento cuya puerta estaba recién murada, el riquísimo tesoro de Axayacatl.

Al siguiente día, después de haberse concertado con sus capitanes, mandó á cinco de ellos con veinticinco soldados, que por distintos rumbos se dirigiesen al palacio del tecuhtli, debiendo estar en él juntos á un mismo tiempo y á la hora de la audiencia. Reunióse él con doña Marina y ellos en la antesala de Motecuhzoma: recibióle éste con el afecto que acostumbraba; y entonces fué cuando le ofreció á una de sus

hijas, que Cortés rehusó, manifestando que siendo casado, su religion le prohibia la bigamia. Despues de hablar sobre varios negocios, Cortés le manifestó la conducta del señor de Nauhtlan, quien atacó á los totonacas á los que fué á auxiliar Juan de Escalante, muriendo éste en la refriega con otros de sus españoles; y concluyó diciéndole:

—Yo debo dar cuenta á mi soberano de la muerte de aquellos hombres; y para poder satisfacerlo, he hecho varias indagaciones. Todos os culpan como al que ordenó aquella agresion; mas estoy lejos de creer en tamaña perfidia, como seria tratar como enemigo en la provincia al que llenais de favores en la córte.

Motecuhzoma respondió que Cuauhpopoca habia obrado sin órden suya; y para satisfacer á Cortés, mandó á dos de sus magnates que fuesen por el señor de Nauhtlan y por los demas culpables de aquellos sucesos, para ponerlos en manos de Cortés.

¡Ingrato rey, que entregaba en poder de sus enemigos al vasallo que habia obrado por órden suya!

Partieron los cortesanos, y Motecuhzoma dijo á Cortés:

—¿Qué mas puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?

Cortés entonces le dijo que para disipar toda duda de su conducta, aun entre sus mismos vasallos, debia irse á vivir al cuartel de los españoles.

A pesar del artificio de Cortés, el tecuhtli comprendió toda la idea, y le dijo lleno de turbacion:

—¿Dónde se ha visto que un soberano se deje llevar preso? Y aunque yo quisiera envilecerme así, ¿no me libertarian mis vasallos? No soy hombre de los que pueden ocultarse; y aquí me teneis para dar satisfaccion á vestras quejas.

Cortés le manifestó entonces que los mexica no extrañarian verlo mudar de residencia, puesto que á donde iba era al palacio de su padre Axayacatl; y que en caso de que los

vasallos atentaran algo contra él, los españoles los reprimirian.

Motecuhzoma insistió en su resistencia; y al ver esto uno de los soldados españoles que allí se hallaban, dijo en tono colérico que ó le llevaran á fuerza ó le mataran.

El emperador pidió á doña Marina que le explicara lo que habia dicho aquel furioso extranjero; y doña Marina le aconsejó que cediera á los deseos de Cortés, pues si no, corría peligro su vida.

Motecuhzoma se dejó llevar preso.

Y fué conducido á la prision con el magnífico tren y séquito con que acostumbraba salir, y encargó á sus cortesanos dijesen al pueblo, que por motivos graves y por su voluntad, se iba á vivir por algun tiempo con los españoles.